



QUINTA SEMANA DE PASCUA - CICLO B

28 de abril al 4 de mayo de 2024

Comentario de la Palabra de cada día
con una aproximación al carisma de la Hospitalidad

Danilo Luis Farneda Calgaro

DOMINGO 28 de abril (Juan 15, 1-8)

“... si permanecéis en mi y mis palabras permanecen en vosotros...”

Lo importante no es entusiasmarnos con el Evangelio a golpe de emociones esporádicas, para dejarlo de lado ante las primeras exigencias. El evangelio de este domingo nos invita a permanecer unidos a Cristo, como el sarmiento a la vid.

Eso de “permanecer fieles” no se concibe hoy como un valor. Nuestra cultura no nos ayuda demasiado. Está de moda cierta itinerancia desde un sincretismo donde todo vale.

Lo que ahora es fundamental, mañana ya no lo es. Y no pasa nada... La coherencia y la perseverancia son conceptos en desuso.

Es evidente que en tales circunstancias el seguimiento de Cristo resulta no sólo anticultural, sino puede llegar a ser acusado de integrismo o de fanatismo. Puede ser visto como algo un tanto extraño y hasta sospechoso.

Ciertamente la fidelidad a la que nos llama el Señor implica apertura, capacidad de renovación, asumir el peregrinar de la vocación bautismal. No podemos confundir la fidelidad con la inamovilidad. Estamos llamados a nuevas formas de vivir nuestra identidad bautismal y carismática, siempre unidos a la “vid”, inspirados en la Palabra y la persona de Jesús de Nazaret.

LUNES 29 de abril (Juan 14, 21-26)

“El que recibe mis mandamientos y los obedece, demuestra que me ama.”

El Espíritu tiene encomendada la difícil tarea de “recordarnos” las palabras de Jesús. ¿Y quién es el Espíritu? Es el amor. De ahí que el texto que reflexionamos reitere tantas veces el verbo amar.

No hay recuerdo posible de la Palabra, sin amor. Si Jesús no nos interesa sus palabras nos resultarán indiferentes.

Por eso acercarnos a la Palabra es un ejercicio de amor al Hijo que nos lleva siempre al Padre. Un ejercicio sólo posible desde el Amor, desde el Espíritu.

En y por la Palabra nos encontramos con Dios Uno y Trino.

Podemos dominar los textos bíblicos y su exégesis, pero si no entramos en la dinámica del amor, si no nos dejamos iluminar por ella, si no nos conmovemos ante ella, haremos de la Palabra, letra muerta.

MARTES 30 de abril (Juan 14, 27-31ª))

“No os angustiéis ni tengáis miedo.”

La paz y la serenidad no son el resultado automático de la proclamación de nuestra fe en el Señor Jesús. No por afirmar nuestro credo estamos liberados del temor y la cobardía. Sucedió con los primeros discípulos y continúa aconteciendo en nosotros.

¡Cuántas veces se reitera esta experiencia entre nosotros, entre nuestros compañeros de trabajo... en nuestras familias! Tememos al dolor, más que a la misma muerte. Tememos perder nuestros afectos, nuestro contexto de bienestar. La inseguridad laboral es motivo de muchas preocupaciones.

Las dudas, el miedo, las incertezas, son experiencias que pueden tener sentido cuando dan lugar al abandono en las manos de Dios, desde una conciencia humilde de debilidad.

Dios es fiel y nos ama incondicionalmente. A partir de ahí, toda debilidad, tanto física como espiritual, es compatible con una vida de fe.

Escuchemos al Señor que hoy nos repite, ¡“no tengáis miedo”!

MIÉRCOLES 1 de mayo (Juan 15, 1-8)

“Yo soy la verdadera vid, vosotros los sarmientos.”

Hoy la iglesia nos propone el mismo evangelio del domingo. Nos recuerda que el Señor es la vid y nosotros, sus sarmientos.

Este texto ha sido utilizado por san Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Christifidelis laici*, dirigida a todos los bautizados.

Nos recuerda que todos somos parte de esa vid, que es Cristo mismo. Somos sarmientos que nutrimos nuestra vida de fe en Jesús. No seguimos a san Benito Menni, sino a Jesús de Nazaret. Y lo hacemos desde la sensibilidad del carisma Hospitalario que nos han legado el Fundador y las primeras hermanas.

Estar enraizados en Jesús es la clave de identidad y también de unidad. Formamos en Él un solo cuerpo. Pero para ello, debemos permanecer en él. Si el sarmiento se separa de la vid, muere. Si permanece unido, da muchos frutos.

Aquí radica el desafío central de toda fidelidad carismática. No podemos perder la referencia de Jesús. Para ello necesitamos cultivar la “permanencia” en el Dios de los Evangelios.

JUEVES 2 de mayo (Juan 15, 9-11)

“Os hablo así para que os alegréis conmigo.”

El papa Francisco ha hecho de la alegría uno de sus temas preferidos. Quizá porque es consciente de la pérdida de ilusión, de entusiasmo, en el interior de la misma Iglesia.

Ciertamente la conciencia de las innumerables expresiones del mal, presentes entre los creyentes y en el corazón de misma jerarquía, no dan motivo para mucha alegría. Una espesa niebla de temores e inseguridades se ha apoderado de toda la humanidad a raíz de las guerras que parecen extenderse como una mancha de aceite. ¿Es posible estar alegres en el Señor en medio de estas circunstancias?

Es justamente desde esta conciencia de fragilidad, que la Palabra nos da motivos de alegría: *“Yo os amo como el Padre me ama a mí.”*

Nuestra alegría no es meramente emocional, desde la exaltación de la propia bondad o perfección, o seguridad.

Nuestra alegría reside en sabernos en manos de un Dios que es Padre, que nos ama incondicionalmente. Entonces, aún entristecidos por la presencia del mal, sabremos conservar la serenidad, la paz, la alegría profunda de sentirnos viviendo en la bondad del Padre.

VIERNES 3 de mayo Juan 14, 6-14)

“El que cree en mí, hará las obras que yo hago...”

La fe hecha vida se proyecta como anuncio convincente.

Es más... no hay anuncio posible sin esta coherencia buscada, entre fe y vida. Como afirma el Papa Francisco: *“Esto tiene un valor pastoral. También en esta época la gente prefiere escuchar a los testigos: «tiene sed de autenticidad [...]»* (EG, 150)

Ello no implica ser inmaculados, perfectos... sino comprometernos a crecer en el camino del Evangelio, sin desistir ante las caídas.

Por eso la coherencia es siempre “buscada”, aunque no siempre lograda, sabiéndonos profundamente amados por Dios, seguros de que *“su amor tiene siempre la última palabra”*.

En este mayo mariano, pidamos a nuestra “madre buena”, que nos aliente en el camino, que nos haga sensibles a las llamadas cotidianas que el Señor nos hace desde la Palabra.

SÁBADO 4 de mayo (Juan 15, 18-21)

“Si el mundo os odia, sabed que a mí me odió primero.”

¿Qué sentido tiene la resurrección si el mal continúa presente, si la adhesión a Jesús y su mensaje se paga con persecuciones y odio?

Estamos ante el misterio de una salvación que, habiendo sido consumada, debe recorrer su camino pascual en cada biografía, incluyendo el viacrucis.

Pero a partir de la primera PASCUA no todo será igual, no. La resurrección de Jesús es la clave que llena de sentido toda contradicción, todo dolor, toda muerte.

A partir de la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, todo proceso de muerte está preñado de vida. Y esa diferencia no es menor. Es radical, esencial, fuente de esperanza cierta.

¡Con cuánta fuerza debemos retomar estas verdades esenciales de nuestra fe, en tiempos de sombras, de incertidumbres, de pérdidas! El Resucitado es el horizonte final, no la muerte, ni el mal en sus más variadas formas.

Que María nos ayude a interiorizar y vivir esta certeza pascual.